

LA EXTRAÑA (Un caso de CORAZÓN RODRIGUEZ)

Entró en la casa, se quitó la chaqueta y la colgó del perchero. A oscuras pasó al salón, se acercó a la amplia ventana y miró la calle a través de los cristales. Las farolas salpicaban la noche de amarillo entristecido. El cerramiento era de PVC y doble acristalamiento, que impedía el ruido del exterior. En el silencio, sólo roto por el tictac del reloj carrillón, el recuerdo de su padre volvió a castigar su mente. Como todo el día. Hacía justo un año que había muerto de un maldito infarto y seguía sin aceptarlo. Tan grande era su pérdida. Fue terrible, por inesperado. Un padre excepcional, que superando las penurias se esforzó para que él y sus hermanos tuvieran opciones a las oportunidades. Un hombre que enfrentó las pruebas de la vida con una sonrisa y que les hizo ver que la esperanza nunca se desvanece si no se abandona el camino del esfuerzo. Hizo caso de sus consejos y ahora brillaban luces en su existencia.

Oyó el timbre de la puerta, lo que le sorprendió. ¿Quién sería a esas horas murciélagas? Supuso que alguien había tocado el timbre equivocado. Dio la luz del salón y del descansillo. Aunque no pensaba salir, no había echado los cerrojos todavía. Abrió y quedó sorprendido. Una mujer, pero no una más. Era tan hermosa que todas sus ensoñaciones quedaron sobrepasadas.

- ¿Alberto Contreras? –preguntó, llenando su nombre de música irresistible.
- Sí...
- Tengo una cita con usted.
- ¿Una cita? –balbuceó, consciente de que su desconcierto sobrevolaba su pasmo.
- Sí.
- Yo no...

De repente pensó en Corazón Rodríguez, su gran amigo. ¡Claro! Era eso. Él habría contratado a ese tronco de mujer para endulzarle la noche por el éxito recién obtenido en la empresa. Le había mencionado su intención de sorprenderle con un regalo especial, pero no imaginaba que pudiera ser así. Porque él no necesitaba le buscaran chicas. Era soltero y con el atractivo suficiente para regalarse al respecto. O quizá lo hizo precisamente ese día para que no se hundiera en la amargura del recuerdo. En cualquier caso, la elección no fue desafortunada. Nunca en su vida había visto una mujer igual.

- Pasa, pasa... – Se hizo a un lado y señaló el tresillo en el salón-. Por favor, siéntate.
- No tengo mucho tiempo –dijo ella, aceptando la invitación.
- Bueno, bueno... Supongo que el necesario. –Miró la hora. Las 22,40. Contempló a la mujer. Desprendía un extraño y poderoso atractivo, además de un sutil e indefinido aroma. Vestía un conjunto blanco matizado, acorde con la declinante primavera, que dejaba muy al descubierto sus torneadas piernas. Tragó saliva. ¡La hostia! Vaya puntazo de Corazón.

- ¿Cómo te llamas?
- ¿Qué importa mi nombre?
- No es importante. Sólo para dirigirme a ti
- Me llaman de muchas maneras. Elija usted una.
- Vaya, qué misterios te traes. Bueno, ¿te parece Blanca, como tu vestido?
- Vale.

-Muy bien, Blanca. ¿Una copa, un refresco? –ofreció.
-No bebo.
-Permíteme hacerlo yo.

Fue a un mueble, sacó una botella de vino tinto gran reserva de La Mancha, la descorchó y se sirvió una copa. La ocasión lo merecía. Luego se sentó junto a la mujer, llenándose de su efluvio. Le cogió una mano y tuvo un estremecimiento nunca antes sentido.

-Ese Corazón... ¡Qué tipo!
-¿De quién habla?
-De mi amigo, el que te contrató.
-No me contrató nadie.
-Venga. Entiendo tu discreción. Yo haría lo mismo. Pero sé que es cosa de él. No puede ser de nadie más.

Ella lo miró en profundidad y él se sintió desfallecer. ¡Qué mujer! ¿De dónde sería? ¿Y por qué le miraba así, con esa mirada profunda que parecía salir del principio de los tiempos?

-Supongo que has estado abajo esperándome.
-No. Vengo en este momento.
-Pues vaya puntería. Acabo de llegar de la oficina. ¿Cómo abriste el portal?
-Para mí ningún portal está cerrado.

No le extrañó tamaña afirmación. Aprovecharía la entrada o salida de algún vecino. ¿Quién se negaría a permitirle el paso?

-¿Sabes? Esta noche necesitaba estar solo. Deseché el contacto con los amigos, con una mujer... Cosas mías. –La miró con intensidad-. Pero, caray, tú eres algo especial. No te imaginas lo que me alegra tu presencia. Vaya acierto del bribón de mi amigo. –Se sirvió otra copa y la mantuvo en la mano, ponderando la situación. Ella no dejaba de observarle.

-Señor Contreras. Debe usted prepararse.
-¿Cómo? – se sorprendió, saliendo de su abstracción-. Ah, claro. Sí. Estás aquí. Y es lo que ahora importa. Vamos a ello.

Se acercó a la mujer y la besó en la boca, sintiendo que todo su ser se vaciaba en un remolino desconocido. Un placer nuevo, extraño, absorbente, increíble. Ella se dejó hacer.

-Vamos adentro –dijo, llevándola al dormitorio. Corrió las cortinas y encendió dos lámparas esquinadas-. Siéntate, vuelvo enseguida.

Volvió a la salita y echó los cerrojos. Cogió el teléfono e hizo una llamada.

-Corazón, eres la hostia. No imaginaba algo así cuando me hablaste de un regalo. Dijiste que sería algo distinto y aquí está la demostración. Sé de tu intuición en resolver necesidades concretas en momentos especiales. Pero esto es superior.

-¿A qué te refieres? –oyó a su amigo

-A la mujer que me has enviado. Es un monumento, con algo misterioso en ella.
¿De dónde la sacaste?

-Un momento. ¿De qué hablas?

-Venga, tío. No vaciles. La tía inmensa que ahora está en mi dormitorio.

-¿Una mujer? ¿Qué pasa con ella?

-¿Que qué pasa? Imagínate. Lo lógico. Para eso la mandaste.

-Eh, muchacho. No te he enviado ninguna mujer.

-Claro, claro. Y yo soy chino. Para tu satisfacción te diré que acertaste. Una mujer así es el antídoto que necesitaba. No la dejaré escapar. Pasaré con ella la noche entera. Presiento que será inolvidable. Ya te contaré.

-Oye, espera...

Colgó y fue al dormitorio pensando en su amigo. Se hacía el tonto pero ¿quién iba a ser sino él? La mujer estaba sentada en la cama, como una estatua griega.

-Puedes desnudarte –invitó, dando todas las luces para no perderse detalle. Ella se quitó las ropas, mostrándose en toda su plenitud. Su perfección rayaba en lo imposible. Quedó deslumbrado. ¿Dónde la habría encontrado Corazón, de qué lugar procedía? Lo averiguaría después. Ahora se sintió vital como nunca, la sexualidad inundándole. La tumbó y se echó sobre ella, besándola con aplicación. Nunca experimentó un gozo igual, y sólo era el principio. Tenía toda la noche por delante. Ella le echó los brazos al cuello y le acarició. De pronto se encontró flotando en una dimensión extraña, como si estuviera adentrándose en un mundo desconocido. Estaba lleno de luces brillantes, que fueron perdiendo intensidad lentamente hasta que todo se apagó.

00000000

Antonio Vitoria, mi ayudante, me tenía preparados unos informes. Casos abiertos que requerían actuaciones. Terminamos a las 10,00. Toqué el botón.

-Sara, localízame a Alberto Contreras. Estará en la oficina.

Había quedado intrigado por su llamada de la noche anterior. Hablaba con entusiasmo de una mujer. Debió ser de excepción, toda vez que nunca ponderó de manera especial a ninguna de cuantas ligaba, todas ellas relevantes. Además, me había involucrado en el asunto y tenía que aclararlo. El bueno de Alberto. Disponía de una vida intensa, la mayor parte dedicada a coleccionar horas de trabajo, puede que en exceso. Experto en publicidad, no tardó en conseguir un importante puesto en una empresa del sector. Sus singulares ideas hicieron aumentar la cartera de clientes, lo que supuso le integraran como socio. Y ahora había obtenido contrato de una empresa vinícola española. Sus mensajes serían vistos en más de cien países. Un éxito incuestionable. Con 45 años tenía una situación a la que tantos aspiran y pocos consiguen trabajando honradamente.

-Dicen que no se ha presentado hoy al trabajo –señaló Sara por el interfono-. Le han llamado pero no contesta a los teléfonos.

No era noticia para pasar de largo. Alberto presumía de no haber faltado al trabajo ni un solo día de su vida. Le llamé a un número móvil reservado. Nada. Cogí la chupa y salí del despacho.

-Voy a ver –dije a Sara, que notó mi desconexión con la tranquilidad. No era infrecuente que un hombre solo fuera pasto de los buitres. Y en esa fauna no descarté a las buscadoras bellas que aprovechan los desconciertos que producen. Porque debió ser una mujer muy hermosa para que Alberto, en su llamada nocturna, se sintiera tan emocionado.

Entré en el portal del magnífico inmueble de la calle Fernández de la Hoz, donde tiene su piso de 120 metros. El portero se me acercó, atento.

-Señor Corazón. Muy buenos días.

-Ojalá. ¿Ha visto a don Alberto?

-No. Estará en casa o quizá bajó directamente al garaje.

Golpeé la puerta de la vivienda sin éxito. Pegué la oreja a la madera. Ningún movimiento al otro lado. Sólo el apagado sonido del carrillón. Bajé al garaje. Allí estaba su coche, un cinematográfico Ford Mustang Mach 1, con compresor, color celeste. Volví a portearla.

-Coja las llaves del piso y suba conmigo.

Los dos cerrojos estaban echados por dentro. Se deslizaron pero la puerta no se abrió. Tenía puesto también el cerrojo ciego, únicamente manejable desde el interior. Era la prueba de que Alberto estaba dentro. Y de inmediato supe que estaba muerto. Y si la mujer estaba con él, también estaría muerta, dado el silencio interior.

Llamé a un cerrajero, que no pudo resolver el obstáculo. Hubo que forzar la puerta. Entré, seguido del portero. Las lámparas de la salita y el salón estaban encendidas y su luz se adornaba con la del día, que entraba a raudales. Pasamos al dormitorio principal. Las cortinas estaban echadas pero la iluminación eléctrica era suficiente. Alberto yacía en la cama, vestido, incluso con los zapatos puestos, en mangas de camisa, boca abajo, la cabeza ladeada, la boca entreabierta. Tenía los ojos cerrados pero su quietud negaba la posibilidad de que estuviera durmiendo. Abrí las cortinas y la claridad se intensificó. Fui hacia mi amigo y le examiné, sin variar su posición. El corazón no latía y el cuerpo estaba frío. El médico diría cuál fue la causa, pero no había signos de violencia apreciable en el cadáver. Saqué una tarjeta y se la di al portero.

-Llame a este número. Es un médico. Dígale que le necesito. Que venga de inmediato.

Necesitaba tiempo a solas y por eso le hice el encargo. Cuando salió busqué por toda la casa. No había ninguna mujer, nadie más. Me eché a reflexionar. Alberto llevaba horas muerto. Significaba que estaba solo cuando ocurrió la desgracia, como atestiguaba el cerrojo ciego echado. Recordé que mencionó algo extraño sobre la mujer. Empecé a inspeccionar con cuidado y a fondo, sin tocar apenas. No sería difícil encontrar huellas ajenas porque Alberto era hombre ordenado y le limpiaban la casa semanalmente.

El piso está en un sexto, sin terrazas al exterior, las fachadas lisas. Parecía obvio que el misterioso ligue sólo pudo salir por la puerta y que Alberto echó los cerrojos después. La cama estaba sin deshacer, entera, sin evidencias de haber soportado otro cuerpo. Observé los labios morados y el rostro de mi amigo. No vi carmín. Los posibles besos no dejaron el menor rastro. Miré en las almohadas, en las alfombras, en los sillones, en el descansillo. En una de las mesitas del salón, una botella de vino reserva junto a un vaso indicaban que alguien se había obsequiado un trago. No tuve dudas de que fue Alberto quien lo hizo pues conocía sus gustos al respecto. En los dos cuartos de baño examiné los dobles lavabos, las duchas, los retretes, los bidés, los peines, los cepillos de dientes, las toallas. En la cocina inspeccioné los vasos, las servilletas, el frigorífico, la mesa, el fregadero. Buscaba cabellos, manchas de carmín, colillas, algo fuera de lugar. No encontré huellas distintas a las del fallecido.

Llamaron a puerta. Allí estaba mi amigo Pepe Rico Blázquez, médico, con sus ojos entornados y su aire de estar de vuelta de todo. Se colocó unos guantes sanitarios y se acercó al cadáver. Le dio la vuelta, le exploró en los lugares precisos.

-Paro cardíaco -dictaminó.

-¿Quizá producido por un coito intenso?

Me miró. Le abrió la bragueta y examinó el miembro.

-Hubo eyaculación. Descargó en el calzoncillo. -Tras las gafas cansadas, su mirada era neutra-. ¿Dices que estuvo con una mujer? -Movié la cabeza-. No lo creo. Estaría desnudo. No se suelen hacer esas cosas estando vestido y con la bragueta cerrada. ¿Has mirado por ahí?

-¿Puedes calcular a qué hora ocurrió?

-Hará unas doce, más o menos.

Consulté mi reloj. Las 11,00. Justo sobre la hora que él me llamó. Por tanto no pudo llevar a cabo el disfrute deseado. ¿Qué misterio era ese? La precisión en la hora parecía establecer que despidió a la mujer antes de gozar con ella la sabrosa velada imaginada, lo que era totalmente incompatible con los deseos mostrados en su llamada. Luego echó los cerrojos, fue a la cama y se masturbó. ¿Con el pantalón puesto, enguarrándose? Era totalmente absurdo asumir esa posibilidad. ¿Entonces?

A Alberto le sobrevino una muerte que a veces suele avisar. No había ningún rastro que acreditara que allí estuvo una mujer. Pero mi amigo era un hombre muy cabal. Resultaba impensable que la hubiera inventado. Lo que me dijo en la noche no fue una patraña. No tuve ninguna duda de que había una hermosa mujer con él cuando me llamó, a pesar de las evidencias contrarias. Entonces, ¿qué había ocurrido en realidad? ¿Quién sería esa mujer, que se desvaneció como el rocío cuando presiente el rayo dorado? ¿Quién la envió?

¿Y qué era ese sutil e indefinido aroma que flotaba por toda la casa?

Joaquín M. Barrero